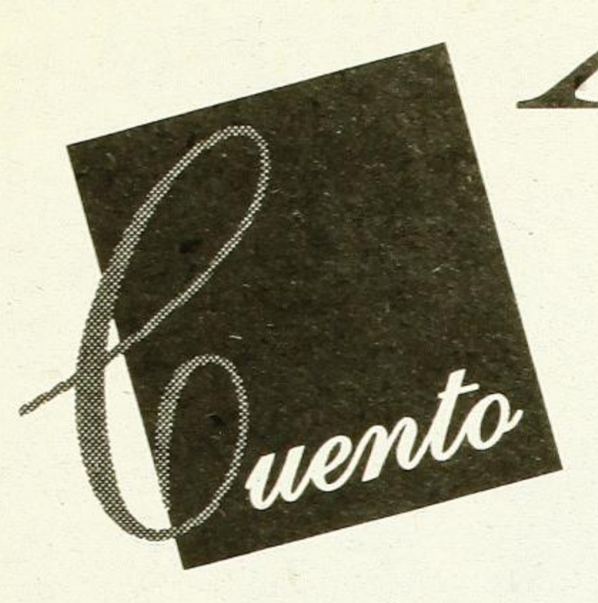


Ausencia de Dios.

Lydia Cacho

Hoy me gusta la vida mucho menos,
pero siempre me gusta vivir...
César Vallejo

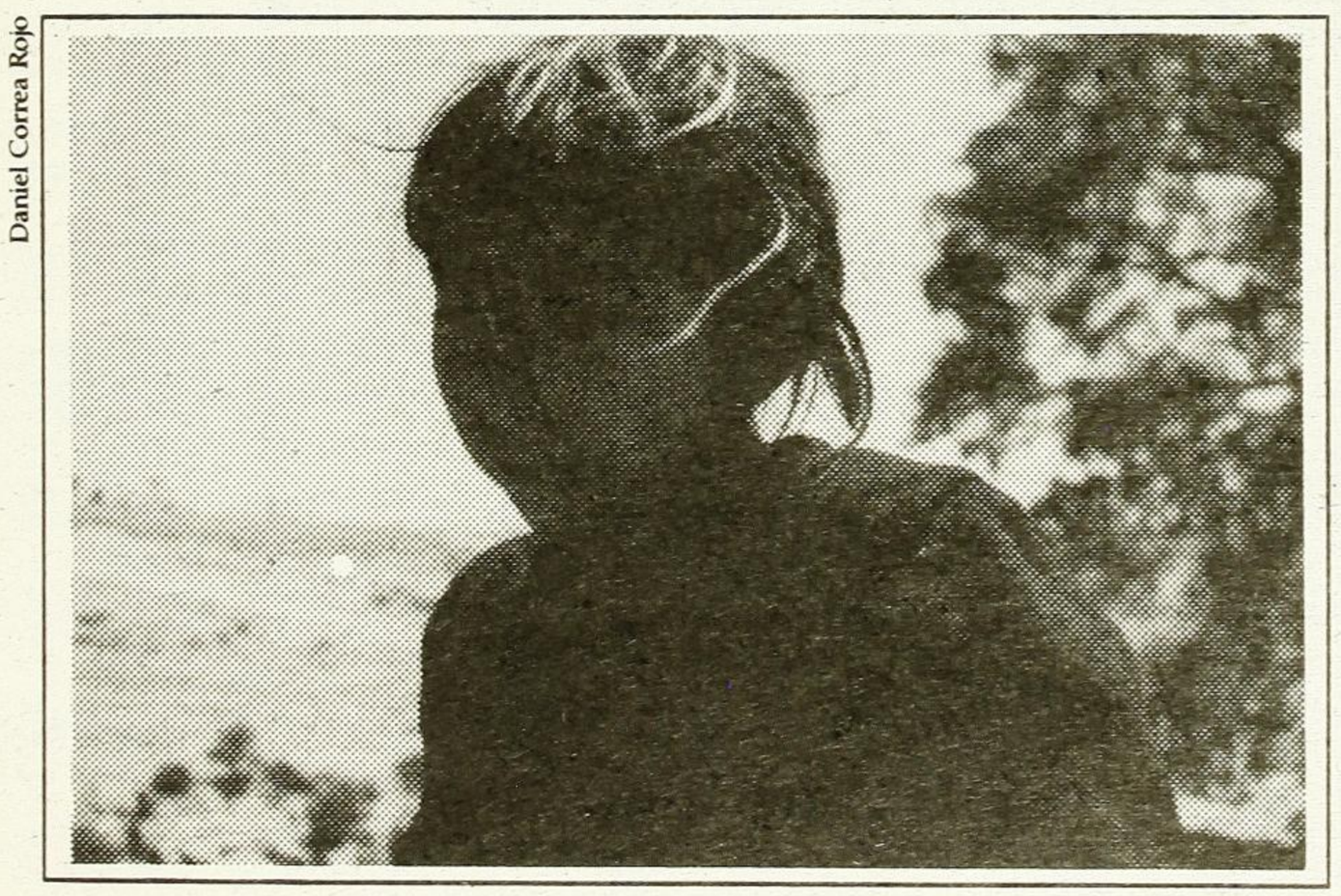
Niña de ojos azabache, tu realidad no es la misma que la mía. En tu infancia las verdades cayeron fuera de los esquemas naturales... maternidad para ti no es amor, maternidad para ti no es un milagro. En tu vocabulario no hay palabras dulces para disfrazar el dolor. Sentadas frente a frente nos sobra la perfección de este paisaje, el cielo tan azul y el mar cancunense que va y viene como si tal fuese la vida y ese colorido arbusto de buganvilia, me parecen un insulto a la puerta de tu tristeza.

Me dices que la mujer que te tuvo floreciendo en su vientre, mil veces en silencio se negó a darte amor, y el hombre que sembró la semilla en tu madre trajo la oscuridad a tu mirada, invadiendo tu cuerpo de miedo, de miseria, de semen prohibido. Dices que ya tus ojos profundos y vacíos olvidaron el llanto (me estorba la pureza de la palabra para escribirte un verso reconfortante) lo intento una y otra vez, pero no hay verbo que pueda conjugar, ni adverbio que cambie la noción de la oscuridad que haz conocido; para detener estas lágrimas que se desatan entre tú y yo, entre yo y tus penas, y quienes niegan tu existencia no hay nada.

Tus ocho inviernos parecen cien primaveras de otra niña que juega en las playas limpias, en las que no hay madres crueles y olvidadizas, ni padres incestuosos, ni justicia sorda.

Dolorida te niegas al abrazo, como taciturna en desesperanza. Todos dicen que el olvido llegará a tu regazo, que seguro vas a estar bien... tú observas silenciosa al miedo escurriéndose en las paredes del albergue. Yo guardo mis inútiles palabras vestidas de rabia y de ignorancia. Mirándonos a todos cierras la puerta de tu alma, y guardada en la soledad de tu silencio, me regalas una mueca que parece sonrisa o gaviota solitaria.

Yo te limpio, amorosa las manos, imaginando que algún día podrás bañarte este negro cascarón del alma con agua de olvido y de perdón, dejando que el líquido sucio acarree -como un río furioso- el amargo sabor de la venganza, por haber sido niña sin infancia.


Daniel Correa Rojo